

diálogo

INDICE, Núms. 163-64-65, (extraordinario monográfico sobre la Fiesta Nacional).

Afortunadamente se les ocurrió esa portada que es todo un símbolo: Ignacio Sánchez Megías llorando sobre el cadáver de *Joselito*. El torero literato (todavía conservo viva la impresión que me hiciera, siendo yo un chiquillo, la lectura de *Sinrazón*, una de sus obras teatrales) meditando sobre el torero que ha pasado a ser el normotipo de los que se dedican a tan arriesgada profesión, a tan limpio arte. Una actitud semejante a la de INDICE, revista de artes y letras, vuelta unos momentos sobre este fenómeno hispano que es la fiesta de toros.

Para mí, sin embargo, la fotografía tiene una dimensión más profunda, un mejor símbolo. Ignacio era un torero torpe, que se defendía en el toreo a base de coraje y corazón. Torpeza y generosidad que, unidas, le llevaron a hacer caro un toreo que, técnicamente, es fácil. Su pase en el estribo y su par de banderillas en tablas (tan espectaculares para sectores de público que no sepan que lo difícil es el toreo en la *suerte contraria*, con los terrenos cambiados, y las banderillas *al sesgo*) llegaron a cobrar una emoción insupera-

meditación sobre el toreo

Carlos Muñiz, S. J.

con las

nuestra mejor divisa. Pero sólo el corazón. Tenemos que llorar, urge llorar, como Ignacio, sobre esa ciencia que se nos aleja, que parece no se resigna a buscar hueco entre nosotros. Urge una lamentación, con propósito de enmienda, sobre la escasez de hombres *raros*, de hombres de técnica, biblioteca y laboratorio. Nos sobran intuitivos, aficionados y maniobreros. Nos falta, arrancando desde el obrero, capacitación científica. Nuestra formación profesional es, en conjunto, deficiente. Y no digamos nuestra Literatura, no muy sobrada de ideas generalmente.

ble, incluso para los *entendidos*. Era la afición, la hombría, la carencia de cursos, haciendo, a base de corazón, duro lo fácil. (No se olvide —y es un dato incontrovertible— que Ignacio encontró la muerte en un pase de esos que el *entendido* mira con despectiva suficiencia, casi con desprecio).

Yo diría que el llanto de Ignacio sobre el cadáver del torero más sabio que ha existido, podía tomarse como símbolo de ese otro llanto de los españoles que tienen los instintos alertas para captar la realidad en que se mueven, y meditar y lamentarse honradamente de ella; el llanto de los que ven lo mucho bueno que tenemos —y aun nos sobra— en coraje, impulso de corazón, sinceridad sin tapujos, y lo mucho que, en ciencia y técnica, nos falta. Nuestra riqueza está en esa puesta a punto del corazón, en ese arranque, por el que Europa daría parte de su “sagesse” y su buen sentido. El corazón es, ayer y hoy,

Quiero decir con esto que, en nuestra meditación sobre el toreo, hemos de sacar, como conclusión primera, una repulsa sobre el entusiasmo a secas o la mirada al tendido a medio pase. Decía Ortega que él iba a los toros, más que por afición, por meditar sobre la realidad nacional, que muestra en esta fiesta sus matices más vivos. Sería interesante que las revistas españolas —y fundamentalmente *El Ruedo*, la de más solera en la materia— y los cronistas de categoría —un Díaz Cañabate, un Lozano Sevilla y otros por el estilo— se echaran a sopesar los fallos y virtudes del espectáculo y a reflexionar en voz alta, como algunas veces hacen, sobre este tubo de ensayo de las reacciones nacionales. Quizás los mismos teólogos tuviéramos algo que decir, filosofando *al alimón* con estos técnicos. (Y conste que, al hablar de teología sobre el toreo, no me meto a discutir sobre la licitud o ilicitud de las corridas de toros, tema este que sólo puede ser problema para quien haya hecho su especulación sin sentarse nunca en un tendido de la Maestranza o de las Ventas. Me refiero más bien a la moral del contrato, de

r e v i s t a s

los honorarios, de los *afeitados* y otros trucos; a la moral de la propaganda de cheque y ditirambo; a la Moral del compañerismo, del cumplimiento del deber y del respeto al público. Y a la Moral de este mismo público, que también ha de tenerla en cuanto *pueblo*.

La meditación sobre el toreo ha de tener, como quería el mismo Ortega, proyección nacional. En este sentido, sería de desear que nuestra Literatura, nuestra Administración, nuestra Intelectualidad y, si se quiere, nuestra misma Teología, hicieran siempre un *toreo de verdad*, sin truco y sin alivio. Que, en nuestra vida social, desaparecieran los vetos insuficientemente razonados. Que se acabaran el enjuague, la componenda, la insinceridad y los engaños. Porque lo terrible de la vida nacional no es que, de vez en cuando, nos la juguemos a sangre y sol, en mitad de la arena; la carcoma nuestra, nuestra entraña podrida, puede estar en lo que se hace en callejón de la plaza, en el chiquero o la dehesa.

Necesitamos los españoles que, en nuestra Prensa, se distingua claramente lo que es propaganda y lo que es verdad a secas. Porque en el toreo, y en otras actividades, son fáciles las fotos. La *galería* va exigiendo ya una lidia más pura, más *de cara*, sin tanto *costadillo*; va pidiendo que, en ningún aspecto de lo español, se ejercite una actividad por puro dinero, por más dinero todavía; que se tenga en cuenta el valor del hombre medio, del subalterno (según el ejemplo que da, a lo que me dicen, Jaime Ostos). Necesitamos más *brega* y menos *chicuelinas*; más *echarse al toro por delante* y vivir *al natural*, que es lo serio y lo duro. Nos sobran *posturitas*, adornos y toreo por la espalda; nos falta, en cambio, echar la piedra adelante y *cargar la suerte* con honradez y hombría. Necesitamos que se

acaben los sucedáneos y no se *arregle* al enemigo, y todo tenga las *yerbas* con que se anuncia en los carteles, sin *uteros* con boca de seis años. Y también que, en todos los que llevan la Administración (lo mismo superiores que subordinados), se dé una interpretación flexible de lo legislado, adaptándolo a las circunstancias concretas de la situación en que gobiernan. Para ello, podían tomar ejemplo del Nuevo Reglamento Taurino, en el sentido de saber escuchar al *espada* —al profesional que tiene las manos en la masa y la responsabilidad más inmediata— a la hora de decidirse a *cambiar la suerte*. Y también, escuchar al público, cuando procede sin apasionamientos, con esa sensatez a que acostumbra y que le hace *respetable*. Porque lo bonito del toreo es que no hay dos *porterías* y todos juegan *en casa*.

En fin, casi podría resumirse todo en eso que saben hacer los buenos toreros: el respetar *querencias*, sin dejarse, por ello, *torear por el toro*.

Y termino con la alusión a otra fotografía —la mejor que publica el estuendo número de INDICE— y que es todo un símbolo y un ejemplo para la vida nacional. Es la foto de la cuadrilla de José, llorando sobre el cadáver del maestro. Cada semblante es un mundo. Un mundo al que hay que escuchar, al que hay que querer y respetar. “En España —dijo Ortega— todo lo ha hecho el pueblo y, sin el pueblo, nada se ha hecho”. Ese *pueblo* es lo más importante en la vida nacional; importante para la literatura, la política, la prensa, la filosofía, el arte y, sobre todo, para la teología. Pueblo que es, en lo español y en lo cristiano, nuestra mejor riqueza, y debe ser el guía, el norte y el acicate en todo lo que hagamos ante Dios y ante los hombres.